

VI.

Con motivo de haber arruinado la pequeña casa de campo que el autor mandó hacer en los altos que hay saliendo por la puerta de Recoletos, camino de la Fuente Castellana.

Por vivir con descanso en esta vida,
Nada quise tener en este mundo;
Tentóme la ambición, y hice una casa,
Aunque de una estructura tan escasa,
Que en su justa medida,
El diámetro mayor y más profundo
Era de nueve pies estrechamente;
Pero la ruda gente
Que por aquellos campos gira errante,
Viendo con evidencia
Que en la filosofía,
De sus sabios preceptos ignorante,
En tener esta casa me excedía,
Por enseñarme tan divina ciencia,
La derribó inhumana,
Llevándose la puerta y la ventana;
Y en este para mí dichoso día,
Con discreta y benigna violencia,
Prudentes me robaron
El único cuidado que tenía,
Y más feliz que estaba me dejaron.

VII.

Con motivo de haberla vuelto á componer.

Arruinada la casa ciertamente,
Creí ya no tener cuidado alguno;
Pero improvisamente
Se me fueron viniendo uno por uno,
Todos mucho mayores que el pasado,
Y yo, desengañado
De que poder el hombre estar sin uno
Es un caso negado,
Viendo lo que me pasa,
De volverme al primero formé empeño;
Y conociendo ser el más escaso,
Del mal el ménos, dije en todo caso,
Reparando otra vez la estrecha casa,
Y volviendo al cuidado más pequeño.

VIII.

A cierto amigo de las señas siguientes.

En tu escasa fortuna te imaginé
El hombre afortunado,
Que en este mundo inquieto
Puede vivir más quieto,
Alegre y descuidado;
Pues en todo paraje y ocasiones,
Para vivir tranquilo, sin segundo,
Tu pobreza te libra de ladrones,
Tu pequeño destino de envidiosos,
Y tu fea mujer de licenciosos:
Ve si hay más que temer en este mundo.

IX.

A un amigo que aconsejaba al autor que se sirviera de mujeres para el mayor asco de la casa.

Yo no quiero mujeres, porque, en suma,
Si la mujer es moza es arriesgada,
Y con desgracia suma,
Cuando es vieja no sirve para nada;
Y así en todas edades,
Por tan graves razones,
O tendré que sufrir murmuraciones,
O sus enfermedades;
Y si es por el aseó,
Yo en todas partes veo
Que aunque ellas con la fama se han cargado,
Hay hombres que lo son demasiado.
Y al fin, viendo en el mundo lo que pasa
En cosas que se ven á cada paso,
Me sirvo de un honrado hombre soltero,

Y mujeres no quiero,
Porque tener deseo, en todo caso,
Más limpia la conciencia que la casa.

X.

A un amigo que le decía que por qué no imprimía sus papeles por su cuenta.

Yo doy de mil amores
El trabajo y ganancia á mi librero,
Huyendo de tratar con impresores,
Y otras cosas que infiero,
Que costarán molestia y sinsabores.
Y últimamente, amigo, porque quiero,
Viendo mi bolsa escueta
De oro, de plata y cobre,
Si á fuerza de ser pobre,
Puedo llegar á ser un buen poeta.

XI.

En elogio de uno de los mayores generales de nuestros días, con el motivo de haber escrito un gran elogio de Virgilio.

Si por cantar de Enéas las victorias
Con elegante pluma el Mantuano
Mereció de tu mano
Tan profundo respeto y tantas glorias,
¿Qué no merecerá en lo venidero
El que, como Virgilio y como Homero,
Con elegancia y tono competente,
Pueda cantar las tuyas dignamente?

XII.

A la bella estatua de Apolo puesta nuevamente en una de las fuentes del Prado, empezada por el difunto Álvarez, y concluida por don Alfonso Vergaz.

Si el Apolo, Vergaz, fuera Narciso,
Al punto que á la fuente se asomara,
Viendo la perfeccion de su figura,
De sí mismo otra vez se enamorara,
Contemplando del arte la hermosura.
No crean los poetas que su lira
Puede elogiar la estatua dignamente;
Pues creo ciertamente
Que llevar ya Vergaz de polo á polo
Su elogio merecido,
Sólo está concedido
A la lira inmortal del mismo Apolo.

FÁBULAS.

I.

El muchacho y la abeja.

Un inocente muchacho
Con gran descuido dormía
Muy cerca de un colmenar,
Donde una abeja maldita,
Sin saber por qué razon,
Se encendió en sangrienta ira.
Picóle; pero dejó
Tras del aguijón las tripas,
Como les sucede siempre
A todas las pobrecillas.
El muchacho la maldijo
Por su notoria injusticia,
Y cargado de razon,
De esta suerte la decía:
Daño me has hecho, es verdad,
Pero te cuesta la vida,
Pues por hacer mal á otros,
Tú te haces más á tí misma.
Así los murmuradores

Con lenguas atrevidas
Ofenden la buena fama
Del prójimo, por envidia,
Hacen que muera la suya
A manos de su malicia.

II.

Los leopardos y el mono.

Con unos leopardos
Se introdujo un mono,
Por ver que contentos
Jugaban al morro,
Mudaron de juego,
Y empezaron otro,
En que los muchachos,
Cerrando los ojos,
Para ver si aciertan
Reciben mamporros.
El mono los daba
Sin fuerza, y los otros
No sentían daño,
Y acertaban pronto.
Tocóle al pobrete
Ponerse en el potro.
Pero al primer golpe
Perdió medio lomo.
Acertó al instante,
Y encogióse de hombros,
Lloró su desgracia,
Y les dijo á todos
Los entremetidos,
Que no entren en corro,
Ni se anden en juegos
Con los poderosos.

CONTINUACION DE LA FÁBULA DE ROMAN DE PINOS (1),
INSERTA EN EL DIARIO DE 10 DE JUNIO, Y AMPLIACION
DE SU MORALIDAD.

III.

El labrador y el río.

Un río salió de madre,
Y un labrador muy experto
Le dejó que se extendiese
En vez de poner remedio.
Reprobaban su descuido
Sus incautos compañeros,
Y el labrador les decía:
Dejadme, que yo me entiendo.
Con la gran inundacion
Se regó todo el terreno,
Y el labrador precavido
Sembró con tino discreto,
En la tierra sazónada,
Trigo, cebada y centeno.
Correspondió la cosecha
A medida del deseo;
Y entonces cuantos lo vieron
Decían, de asombro llenos:
La prudencia de este hombre
Fué el origen de este acierto,
Pues vemos que en este caso
Sacó del daño provecho.
Iba á hacer el fabulacio,
Y me dijo mi tintero:
Déjalo, no es menester,
Pues no hay quien entienda eso.

IV.

El buey y la rana.

Una rana sosegada
Vivia entre unos juncuales,
Adonde se acercó un buey
Muy manso, pesado y grave.

(1) Anagrama de don Ramon de Pison.

La rana se estuvo quieta,
Y ajustaron amistades,
Fiada la rana en su
Mansedumbre inalterable.
Echóse el buey á dormir
Junto á ella; pero el diantre
Hizo que diese una vuelta
Y sin querer la estripase.
Lloraba el buey la desgracia,
Y la rana entre fatales
Agonías le decía:
Yo agradezco tus pesares,
Pero si acaso no muero,
Tendré presente en mis males
Que, por muy buenos que sean,
Para evitar estos lances
Es preciso vivir léjos
De los grandes animales.

HABIENDO GANADO UN AMIGO DEL AUTOR UN PLEI-
TO, EN CUYO SEGUIMIENTO HABIA GASTADO CUAN-
TO TENÍA.

V.

La mona y la cotorra.

Un señor indiano
Tenía una mona
Atada á una reja,
Junto á una cotorra.
En la misma casa
Servía una moza
Muy caritativa,
Llamada Victoria,
Que á la cotorrita
Cuidaba gustosa:
Soltáronse un día,
Y armaron camorra,
La mona atrevida
Y el ave chillona.
Descuidóse ésta,
La mona pillóla,
Y llena de gozo,
La gran picarona
La fué desplumando
Con mucha pachorra.
La cotorra triste
Con voz lastimosa
Pedia socorro
A su protectora,
Y á gritos decía:
Victoria! victoria!
Tú tambien, amigo,
La cantas ahora,
Después de pelado
Como la cotorra.

VI.

Fábula literaria.

En un pobre guardillon
Un sastre tenía un tordo,
A quien habia enseñado
A decir en tono ronco,
A fuerza de repetirlo,
Borracho, Perico, Antonio,
Con otras mil bagatelas
Que se enseñan á los otros.
Escapóse una mañana,
Y se fué con vuelo pronto
Al tejado de una torre
A vivir con otros tordos.
Puesto sobre la veleta
Llamó la atencion de todos,
Y habló la lengua del sastre,
Causándoles gran asombro.
Ofrecióse á poco rato
Hablar en idioma propio,
Y por haberle olvidado
Con un desprecio notorio,
Dijo tanto desatino,

Que el charlatan auditorio
A silbos y carcajadas
Aturdió todo el contorno.
¡Cuántos con afectación
Suelen hablar de este modo,
Porque superficialmente
Hacen estudio muy corto
De elegir lengua extranjera,
Y con culpable abandono,
Olvidando y no aprendiendo,
Suelen ignorarlo todo!

VII.

Fábula política.

Un jabalí y un corzo,
De hambre ya casi muertos,
A un pavo real hallaron,
Y auxilio le pidieron.
El animal hermoso
Ofreció de su cuello
Y matizada cola
Los brillantes arreos.
Nada de eso nos sirve,
Los dos le respondieron:
Pasaron adelante,
Y hallaron sobre un fresno,
Cantando mil primores,
A un manchado jilguero.
Pidiéronle socorro,
Y él ofreció lo diestro
De sus trinados silbos
Y afinados acentos.
Los dos necesitados,
Aunque lo agradecieron,
Muy tristes le responden:
Nada nos sirve eso.
Poco despues hallaron
Por su camino estrecho
A una oficiosa hormiga
Haciendo su acarreo:
La súplica repiten,
Y ella con paso lento
Los lleva generosa
A su oculto granero.
Al jabalí le manda
Que con su hocico diestro
Hoce hasta que descubra
De su almacén los senos.
Hízolo con ahinco
El animal hambriento,
Y encontró de cebada,
Trigo, avena y centeno,
La porción suficiente,
Con que los dos comieron.
Su protección la ofrecen
Los gratos compañeros,
Y uno al otro se dicen:
De hambre hubiéramos muerto
Vestidos con las galas
Del pavo placentero,
Y también divertidos
Con el dulce gorjeo
Del diestro jilguerillo
En lance tan estrecho.
¡Oh necesaria hormiga,
A tí te agradecemos,
En tan urgente caso,
La vida y el sustento!

Fábula.

¡Quién duda que al labrador
Se dirige todo esto,
Y la urgente protección
Que exige de los gobiernos?

RESPUESTA QUE DIÓ EL AUTOR A UN AMIGO SUYO, QUE
LE INSTABA PARA QUE ADMITIESE UN DESTINO DE
MÁS HONOR Y DOTACION, PERO DE MAYOR RESPON-
SABILIDAD Y TRABAJO QUE EL QUE TENÍA.

VIII.

Fábula filosófica.

Juntos un macho y un asno
Por un carril caminaban:
El macho, todo cubierto
De riquísimas enjaldas,
Llevaba una carga de oro;
Y el asno, sobre una albarda
De pobre y grosera jerga,
Un corto saco de paja.
Ufano el macho al principio
Del camino se jactaba,
Burlándose del borrico,
De su riqueza y sus galas.
Despues de andar muchas leguas
Llegaron á la posada,
Y el amo con diligencia
Un gran pesebre prepara
Para el macho, y con franqueza
Se le llena de cebada;
Y al asno en otro más chico
Le puso con mano escasa
Una pequeña porción
De la carga que llevaba.
El descansado borrico
Comia de ella sin tasa;
Pero el macho, que cansado,
Sin alegría ni gana,
No pudo probar bocado,
Así al borrico le habla:
¡Oh dichoso compañero!
Tú mejor partido sacas
De tu pequeña fortuna
Que yo de mis abundancias,
Pues tú comes y yo no,
Yo trabajo y tú descansas,
Y en el caso que me hallo,
¡Qué saco, en ventura tanta,
De lo mucho que me sobra,
Si el apetito me falta,
Ni del oro con que el amo
Enriquece mis espaldas,
Si en vez de añadirme dicha,
Su gran peso me maltrata?
Ten, pues, amigo, por cierto
Que se saca más ventaja
De ser asno descansado
Que de ser macho de carga.

ROMANCE.

A cierto autor de un estilo tan oscuro y confuso como se verá en el siguiente.

Murciélagos occidentales,
Que en literales tinieblas,
Con pluma de buho escribéis
Cosas ni malas ni buenas,
¡Qué lechuza te dictó
El cúmulo de sentencias
Que con silbo de mochuelo,
Entre sombras nos presentas?
Mudando siempre de medio,
Con tantas inconsecuencias,
Parece que sólo aspiras
A barajar las ideas,
Dejando á todo lector
En oscuridad eterna.
Tu pesadez inaudita
Nos aturde las cabezas
Con los disparados tiros
De la metralla que encuentras
En los ocultos rincones
De las obras extranjeras
Escribe á la luz del día,
Y la oscura noche deja,

Apaga la lamparilla,
Ten las ventanas abiertas
En el gótico edificio
De tu ahumada mollera:
Habla claro, pues si no,
Ni Barrabás que te entienda.

ANACREÓNTICA.

Al feliz nacimiento del Principe de Asturias don Fernando.

En el frondoso Prado
Del matritense suelo,
Ameno sitio ahora,
Y árido en otros tiempos,
Cuyos crecidos troncos
Sostienen placenteros,
Como firmes columnas,
Los enlaces estrechos
De entretrejidas ramas,
Que tocando en el cielo,
Forman bóvedas verdes
De artesonados techos;
Sentado al pié de un chopo,
Trasportado del sueño,
Vi en imágenes vivas
Todo lo que refiero:
En un espeso bosque
De agigantados fresnos,
Entre mirtos y rosas,
Formaban blando lecho
Una preciosa cuna
De oro bruñido y terso,
Guarnecida de piedras,
En cuyo digno centro
Dormía con descanso
Un infante tan tierno,
Que de recién nacido
Era todo su aspecto,
Blanco, rubio, encarnado,
Y gracioso en extremo.

Con sus doradas alas,
Entre grupos espesos,
Sombra suave y grata
Le tejían los genios:
Las ninfas arrojaban
Por todo el pavimento
Del ameno recinto
Floridos ramos bellos
De verdes madreselvas,
Tomillos y cantuesos,
Y las canoras aves,
Con silbos y gorjeos,
Arrullos tributaban
A su tranquilo sueño.
Céres, Flora, Minerva
Y la graciosa Vénus
Rodeaban la cuna,
Y llenas de embeleso,
Cuál con las verdes ramas
De enlazados renuevos
De laurel y de oliva
Le hacía fresco viento;
Cuál, en su propia boca
El índice poniendo,
A todos los vivientes,
Con recatado sello,
Porque no despertara,
Imponía silencio,
Y con la diestra mano,
En ademanes lentos,
La cuna le mecía
Con blando movimiento;
Cuál en sus sonrosadas
Mejillas y en su cuello
Con apretados labios
Le daba ósculos tiernos,
Y cuál en su preciosa
Barba y labio sereno
Con impulso suave
Tocaba con el dedo,
A cuyo fiel contacto,

El infante despierto,
Una grata sonrisa
Las mostraba halagüeño.
Yo, al mirar tanta gracia,
Pregunté con anhelo:
¡Quién es este precioso
Niño que miro atento?
¡Es acaso Cupido,
O el rubio Dios de Délos?
Y Marte, que á su lado
Le mostraba en un lienzo
Las virtudes heroicas
Y generosos hechos
Que imitar esperaba
De sus padres y abuelos,
Me respondió gozoso
Con semblante risueño:
El príncipe Fernando,
Nuevo pimpollo regio
De Carlos y de Luisa,
Delicia de estos reinos
Y gloria del dichoso
Carpetano hemisferio.

SEGUIDILLAS FILOSÓFICAS DIRIGIDAS

Á LA TINAJA DE DIÓGENES.

En la tinaja y dueño
Veo juntarse
La casa más pequeña
Y hombre más grande;
Siendo un palacio,
Que es todo cuanto cabe,
Cabiendo el amo.

Su elección fué oportuna
Para el descanso;
Que en casa chica caben
Pocos cuidados;
Siendo constante
Que casi todo sobra
Como ellos faltan.

EL PÁJARO PRISIONERO.

Quejas de un pajarito encerrado en una jaula, y en manos de una niña.

Niña tierna, que me tienes
En tan estrecha prisión,
Mira que me han puesto en ella
Los extremos de mi amor.
Yo creí las asechanzas
De un astuto cazador,
Que fingió con su reclamo
De mi consorte la voz.
Atraída de su engaño
Mi violenta pasión,
Por no precaver el riesgo,
El precipicio encontré.
Caí en la red, y me veo,
Por falta de precaución,
Rodeado para siempre
De amargura y de dolor.
Escarmienta en mi desgracia,
Y mira, niña, que son
Irremediables los daños
De un incauto corazón.
Dame ya la libertad,
Porque benigno el amor
Te la dé á tí, si te ves
Algun día como yo.

DEFINICION DE LAS FERIAS DE MADRID.

Preguntando al autor un amigo qué había visto en las ferias, respondió:

Jicaras, platos, pucheros,
Sillas, mesas, escritorios,
Bancos, canapés, espejos,

Unos mancos y otros cojos,
Estampas de San Onofre
Y cuadros de San Oroncio,
Aquellas viejas y ahumadas,
Y éstos borrados y rotos;
Hierro viejo, ruedas nuevos,
Y de estera algunos rollos;
Cazos, sartenes, escobas
Y servicios bien notorios;
Avellanas, acerolas,
Melones buenos y gordos,
Y el dote de Dulcinea
En tinajas del Toboso;
Mil figuras ambulantes,
Originales del Bosco,
Y otras cosas que no digo,
Porque ya las saben todos.

AJUAR Ó MUEBLES QUE VIÓ EL AUTOR
EN VÁRIAS CASAS.

En la de un cura de una aldea.
Cuatro sillas de vaqueta,
Un breviario muy viejo,
El Gonet, Silveira y Barcia,
Y un balandran con sus flecos.

En la celda de un religioso descalzo.
Una taburete de pino,
Una tarima y un banco,
Jicara y chocolatera,
Un libro devocionario,
Una cruz, y á la ventana
Un orinal boca abajo.

En la celda de una monja.
Una estampa, un relicario,
Un barrito y un ceston
Para enviar los regalos
A su padre confesor.

En la casa de un indiano.
Tibores, china y bandejas,
Charoles, cocos y barros,
Rosarios de filigrana,
Un mico y un papagayo.

En la casa de un sabio.
Un tintero mal compuesto,
Algunas sillas sin orden,
Una mesa lisa y llana
Con la *Biblia* y el *Quijote*.

En la casa de un pretendiente.
Un legajo de papeles,
Un almacén de deseos,
Muchos pasos, y ante todo
La *Guía de Forasteros*.

En la casa de un poeta.
Un vestido siempre roto,
Distracciones y conceptos
Mal color, enjuta cara
Y poquísima dinero.

En la casa de una señora petimetra.
Un espejo, un tocador,
Olorosísimas aguas,
Flores, mantecas y enredos,
Y poquísima sustancia.

En el cuarto de un paje.
Una casaca manchada,
Una camisa muy puerca,
Gran hambre, y muchos deseos
De asaltar una dispensa.

En la casa de un sastre.
Un perro, un gato y un tordo,
Una silla y una mesa,
Un gran cajon de retales
Y un bello par de tijeras.

En la de un zapatero.
Una gaceta atrasada,
Un jilguero y un pardillo,
Los *Doce Pares de Francia*,
Con el *David perseguido*.

En la de un barbero.
Una guitarra, un chaquete,
La historia de Tamerlan,
Unas bolsas, un estuche
Y su piedra de amolar.

En la de un músico.
Oberturas y sonatas,
Partituras y conciertos,
El instrumento que tocan,
Y cada día un proyecto.

En la de un pintor.
Gran tiento y mucho pincel,
Colores siempre de sobra,
Pecados originales,
Poco arte y mucha copia.

EPIGRAMAS Á DIVERSOS ASUNTOS,
EN DIFERENTES METROS.

Habiendo visto el autor las malas fachadas de San Sebastian y del Hospicio, peor ésta que la otra, preguntó con admiración á la estatua de San Sebastian:

Santo de tanto valor,
¿Que haceis en tal frontispicio?
Y le respondió:

Yo bien conozco en rigor,
Que á no estar en el Hospicio,
No podia estar peor.

Hizo igual pregunta á la de San Fernando que se halla colocada en la fachada del Hospicio, y contestó:

Me encuentro con tanto afan
Entre hierros tan crecidos,
Que es mejor, en tal desman,
Estar con los retraidos,
Como está San Sebastian.

A la célebre estatua de San Bruno que se halla sobre la puerta de la Hospedería de los Padres Cartujos, calle de Alcalá.

En la Historia Natural
Debia estar colocado
Un san Bruno tan cabal,
Por ser, sin ejemplo igual,
Un monje petrificado.

Epitafio para un pretendiente.
Aquí yace sepultada
De un pretendiente prolijo

La esperanza más osada:
O César ó nada, dijo,
Y se salió con ser nada.

Epitafio para un hombre de muy poco mérito, que había sido amigo de vestir bien, y por esto tenido por hombre de alguna importancia.

Aquí yace, peregrino,
Entre gusanos, aquel
Que aunque fué un grande pollino,
A fuerza de trapo fino,
Llegó á hacer un gran papel.

A uno que traía á cuestas un compañero, que se había maltratado una pierna:

En el lance acaécido,
Aunque le llevas así,
¿Cuánto quieres apostar
Que á él le pesa más que á tí?

A un amigo que se quejaba de que le hablaba con demasiada claridad.

El amigo y el espejo
Tienen entrambos á dos
Un mismo oficio, y así,
El más claro es el mejor.

A uno que entraba á beber en una taberna porque estaba enamorado de la tabernera.

Con diferentes intentos
Que á beber viene imagino;
Pues él en sus pensamientos
Por el vaso bebe el vino,
Pero por ella los vientos.

A un amigo que había ofrecido al autor unas pasas, y siempre se olvidaba de enviárselas.

De las pasas ofrecidas
La mitad te comerás,
A ver si no te se olvida
Enviar la otra mitad.

A un amigo que le decía que por qué había hecho tan pequeña una casa de campo que acababa de hacer.

Yo busco aquí un campo grande,
No de la casa el tamaño,
Y la hice chica porque
Quedára más grande el campo.

Epitafio para uno que pasaba por sabio, y despues imprimió algunas obras de muy poco mérito.

Aquí yace, viador,
El que nos hizo creer
Que era un sabio, y en rigor,
Se metió luégo á escritor,
Y lo echó todo á perder.

A un amigo que halló riñendo con un mozo de cordel que llevaba unos talegos de dinero.

Calla y deja la cuestion,
Porque á pesar tuyo infero
Que todos, en conclusion,
Como le ven con dinero,
Le habrán de dar la razon.

A un médico de muy pocos aciertos que acababa de morir.

La prueba de que la muerte
No perdona hombre nacido,
Es ver que no ha perdonado
Hoy á su mayor amigo.

A un amigo que iba con un empleo mejor que el que tenía á un lugar donde había muchas tercianas.

Ajustada bien la cuenta,
Creo, si bien se examina,
Que vas á gastar en quina
El exceso de la renta.

Epitafio para un caballero que fué sumamente pródigo.

Aquí yace aquel que tuvo
Gran familia, gran boato,
Gran mesa, y hasta las deudas
Más grandes que sus estados.

Epitafio para otro que fué sumamente miserable.

Aquí comen los gusanos
A un infeliz que, mezquino,
Mató de hambre á su familia,
Y él se murió de lo mismo.

Respondiendo al bello epigrama de don Juan de Iriarte, en que define el carácter de los genoveses de este modo:

« Los genoveses no dan,
Ni dieron en tiempo alguno;
Sólo un genoves, Colon,
Dió por todos dando un mundo, »

Respuesta.

Nada Colon llegó á dar,
Aunque genovés bizarro,
Pues no hizo más que enseñar
Lo que Cortés y Pizarro
Se tuvieron que tomar.

A una señora llamada doña Rufina, diestra cantora, que cantaba un duo con un mal músico, llamado don Serafin.

Don Serafin y Rufina
Cantan; mas de esta manera,
Ella como un serafin,
Y él como si no lo fuera.

Viendo unos cañones de artillería colocados en el alto del Retiro

Estos cañones de bronce,
Más que de cisne elocuentes,
Son, para persuadir,
Cicerones de los reyes.

Definición del coche.

Es del coche la virtud,
Cuando no hay necesidad,
Gasto, ruido, vanidad
Y poquísima salud.

Habiendo sabido el autor que á un dependiente del hospital le habían hecho un gran regalo en dinero, y á otro compañero suyo un elogio en poesía.

A Fernando con fortuna
Le regalan un bolsillo,
Y á don Jacinto con versos
Tan solamente el oído.
Aquél saca más de Creso
Que éste de Homero y Virgilio;
Que á quien protegen poetas,
Jamás puede morir rico.

A un poeta que hacia pasar por suyas las poesías de don José Iglesias.

Don Beltran vende por suyas
Las poesías ajenas,
Y así es pequeño castigo
El sacarle á la vergüenza,